

Eduardo Inda y Esteban Urreiztieta

URDANGARIN

Un seguidor
en la corte del rey Juan Carlos

CAPÍTULO I

Una real bronca en Elisenda de Pinós 11 y 13.
El pecado original.
De los polvos del palacete vienen estos lodos

Aquel viernes de enero de 2008 no fue un viernes cualquiera. Los vecinos de la cumbre de Pedralbes estaban acostumbrados a la presencia de policías de paisano. Pero ese 18 de enero había más tipos con *walkie-talkie* que nunca en la cuesta de Elisenda de Pinós y alrededores. Más armarios humanos que otras veces. Y desde luego jamás de los jamases se observó semejante trasiego. Varios camiones comenzaron a escupir sillas y mesas compulsivamente a eso de las nueve menos cuarto de la mañana. Sillas y más sillas, mesas y más mesas, además de una gigantesca carpa. «Algo gordo se prepara», comentó uno de los riquísimos vecinos, que, como todos los demás, sabe perfectamente quiénes son los inquilinos del casoplón de Elisenda de Pinós 11 y 13.

Pese a que el palacete del matrimonio Urdangarin-Borbón ocupa una superficie de 650 metros cuadrados, y aunque el salón principal tiene proporciones de local comercial, ya que ocupa una sexta parte, la anfitriona optó por celebrar la fiesta sorpresa del cuarenta cumpleaños de su marido en el jardín, bajo un enorme manto de plástico duro. Tampoco era cuestión de tener a los in-

vitados a la intemperie en una jornada en la que el mercurio coqueteó peligrosamente con los cero grados.

Iñaki no sabía nada. Cristina se confabuló con los invitados para respetar la ley del silencio, una *omertà* más pura, inocente y justificada que nunca. Nadie le falló. Ni uno solo de los ciento veinte amigos abrió el pico. Los escoltas del exjugador de balonmano fueron los mejores cómplices para, cual lazarillos, guiar al *jefe* a la tierra prometida. La jugada le salió redonda a la infanta, entre otras cosas porque el duque se encontraba en Madrid por motivos profesionales. Tomó un avión en Barajas a las siete de la tarde. Avión que, para variar, se retrasó. Nervios reales y no tan reales. En el secreto estaban no solo el heredero de la corona búlgara, Kardam, y su mujer, ese monumento al saber estar que es Miriam Ungría, sino también su hermano Konstantin y María García de la Rasilla, Pedro López-Quesada y su esposa, Cristina de Borbón Dos Sicilias, doña Elena, el príncipe, Letizia y la reina. También tuvo claro aquello de que «en boca cerrada no entran moscas» el rosario de plebeyos invitados al convite del año en Barcelona: el balonmanista David Barrufet, la regatista olímpica Vicky Fumadó, el campeón del mundo de motociclismo Àlex Crivillé, su esposa, Anna Nogués, y un sinfín de deportistas. Los más discretos, como siempre, los Urdangarin, cuyas hermanas Ana y Lucía colaboraron activamente con su cuñada en los preparativos.

«¡Cumpleaños feeliz, cumpleaños feeliz!», le cantaron las ciento veinte almas presentes a eso de las nueve y media de la noche, cuando los 198 centímetros del guipuzcoano franquearon la puerta color grafito de la mansión más moderna, y tal vez cara, del barrio más pudiente de la Ciudad Condal. Iñaki, jersey gris claro, camisa blanca, pantalón clarscuro de franela y zapatos marrones, se puso pelín colorado y, casi sin solución de continuidad, besó a su enamorada esposa sobreentendiendo que todo

aquel *malévolo* montaje era idea de ella. Apenas un cuarto de hora más tarde, el entonces perfecto *yernísimo* posó a las puertas de la casa para los cerca de treinta reporteros congregados. «No me imaginaba nada, ha sido un complot», apuntó con risa floja el indiscutible protagonista de la noche, con su mujer, la reina, los príncipes de Asturias y doña Elena por mudos pero sonrientes testigos.

Acto seguido regresaron a la carpa y se dio el pistoletazo de salida al maratón de parabienes. La segunda en felicitarle fue la reina, luego le tocó el turno al príncipe, más tarde a Letizia Ortiz y finalmente a una doña Elena que, como siempre, fue la más elegante entre las elegantes. Hasta en esta simpática encrucijada se respetó el protocolo. Luego fueron desfilando uno a uno el resto de invitados. Desde un Pedro López-Quesada que parece más Borbón que los mismísimos Borbones por su porte impecable y su educación pluscuamperfecta, pasando por su mujer, la estupenda Cristina de Borbón Dos Sicilias, hasta Kardam, Konstantin o la princesa Irene de Grecia, la hermana, confidente e íntima amiga de la reina de España. Las miradas femeninas, sin embargo, se centraron unánimemente en el personaje que ejecutó a continuación el *rendez-vous* más perfecto: Kyril de Bulgaria, que nuevamente fue el más original, con una camisa de flores más propia de Hawái que de la invernal España, y un pañuelo a juego que colgaba de su blazer azul claro.

Los ojos de los señores, tan aficionados a las revistas del *cuore* como ellas aunque no lo quieran reconocer, se posaron en el cuerpo y el rostro superlativos de la mallorquina y no menos enigmática Rosario Nadal.

Luego llegó el turno de los deportistas. Abrazos, apretón de manos a la americana y algún que otro beso. Especialmente sentido fue el encuentro con David Barrufet, amigo del alma y com-

pañero de mil y una batallas, testigo de tantas y tantas cuitas, personales y profesionales. Quizá el hombre que lo sabe todo. O casi todo. El antaño mejor portero de balonmano del mundo ha sido siempre el áter ego de Iñaki allá donde coincidieron deportivamente: el Barça y la selección española. Miles de horas compartidas mano a mano en presencia de un personaje al que los dos veneran: Valero Rivera, el Vicente del Bosque del balonmano nacional, el mejor preparador mundial de todos los tiempos, según coinciden en señalar tanto los pocos enemigos que acumula como esa legión de amigos que figuran en su agenda.

Pocos, muy pocos, por no decir nadie, reparó en el abrazo del oso que le pegó el *misacantano* a un individuo con gafas, cejas elefantíacas y una pinta a caballo entre un profesor de universidad y un químico locoide. «¡Felicidades, Iñaki!», le soltó el enigmático invitado a su interlocutor tras tener que estirar la cabeza en un giro de cuello que, más que eso, supuso una hiperextensión cervical. Normal: el uno llega con dificultad a uno setenta y cinco y el otro se quedó a dos centímetros de los dos metros. Los afortunados invitados se dieron cuenta pronto de que allí había química, «buen rollito», que diría un cheli.

—¿Quién es ese de las patillas al que saluda tan efusivamente? —inquirieron cotillamente algunos de los ciento veinte afortunados.

Nadie le ponía cara, tampoco nombre ni apellidos. Hasta que un *enterao* sacó de dudas al gentío.

—Es Diego Torres, el socio de Iñaki.

—Ah —fue la respuesta estándar una vez saciado ese gusanillo de la curiosidad que tanto picaba al personal.

Torres acudió acompañado de su esposa, Ana María Tejeiro, economista como él y socia en el entramado de empresas que este profesor de ESADE y su *tronco* compartían.

—Les va muy bien —comentó otro *insider* que conoce perfectamente tanto al duque de Palma como a su socio en sus proyectos empresariales. Empresariales por decir algo, porque crear empleo, lo que se dice empleo, no crearon mucho. Riqueza, sí, pero para sí mismos. Tanto como 12 kilos limpios en tres años. Vamos que, visto lo visto, y con la perspectiva que dan los cuatro años transcurridos, no tocaba de oído precisamente.

Aunque muy pocos accedieron al sanctasanctórum, al palacete en sí, lo cierto es que sí hubo algo que llamó la atención de la mayor parte de los amigos que compartieron un día tan señalado en la vida de la hija mediana de los reyes de España.

—¡Vaya nivelón! —apuntaron casi unánimemente no pocos de los ciento veinte ADN allí presentes.

Otros fueron algo menos cándidos: «Un casoplón así no se compra pegando pelotazos de balonmano. De los otros puede ser...». Algunos recordaban el *scoop* que, cuatro años antes, publicaron al alimón Pilar Eyre y Miqui Otero en «La Otra Crónica» del diario *El Mundo*. Ellos descubrieron la que con el paso de los años sería la transacción inmobiliaria más polémica de la historia reciente de España.

La casa-torre (está conceptuada como tal en el Registro de la Propiedad) de los duques de Palma no pasa desapercibida. Para empezar, porque es un oasis de modernidad, una vivienda de diseño, en ese océano de clasicismo que representa Pedralbes. Y para terminar, porque impone por su volumen. Estamos hablando de un palacete de tres plantas, que cuenta con un jardín anexo de algo menos, no mucho menos, de 2.000 metros cuadrados desde el que se divisa el cercano Tibidabo y desde cuyo *terrat* se atisba el no muy lejano Mare Nostrum.

La vivienda no fue precisamente un regalo. Cristina Federica de Borbón y Grecia e Ignacio Urdangarin Liebaert —así constan

registralmente— la escrituraron el 15 de octubre de 2004. El precio declarado fue de 6.316.000 euros. Cantidad a la que hay que añadir los 2,5 millones de euros de la reforma de una finca que estaba literalmente destrozada y que se levantó prácticamente de nuevo sobre las estructuras de la original. Tal y como desvelan los documentos manuscritos intervenidos por la Policía Judicial el 7 de noviembre de 2011 en las sedes de las empresas de la trama Nóos, la hipoteca representaba para la pareja un auténtico potosí mensual: 17.600 euros. Cantidad que, con el encarecimiento del precio del dinero, puede estar en estos momentos en los 20.000 euros mensuales o, lo que es lo mismo, 240.000 euros anuales. Es decir, veintiséis veces el salario mínimo interprofesional, esto es, una cantidad diecisiete veces mayor que el sueldo de Juan Español. Eso en el hipotético caso de que Juan Español tenga un empleo, que, más que un derecho, se ha convertido en un privilegio por mor de la gran depresión que nos está tocando padecer.

El hogar de la pareja y sus cuatro rubísimos vástagos es un sueño. Siete veces la superficie del hogar medio español. El dormitorio principal, en el que pernoctan doña Cristina e Iñaki, cuenta con una superficie de cien metros cuadrados, incluyendo el vestidor y el cuarto de baño anexos, además de una terraza que da directamente al jardín. Un cuarto que es superior en extensión a la vivienda media del españolito medio: 90 metros cuadrados.

Hay otras dos habitaciones «medianas» conectadas a través de un cuarto de baño y una tercera en *suite* con cuarto de baño completo. En las dos primeras duermen los niños de la pareja (Juan Valentín, Pablo Nicolás, Miguel e Irene). La otra está reservada para las visitas. Uno de los usuarios habituales de esta última dependencia era don Juan Carlos cada vez que se trasladaba a Barcelona por motivos médicos. El monarca ha hecho de la ciudad

que puso el nombre al condado de sus padres, don Juan y doña Mercedes, su hospital habitual. De cuando en cuando tiene cita con el urólogo. Antaño con el maestro de los maestros en la especialidad, José María Gil-Vernet, del que se podría aseverar sin temor a caer en la exageración o la hipérbole aquello de que «de casta le viene al galgo». No en vano su padre, Salvador, fue uno de los padres, por no decir el padre a secas, de la urología española moderna. Y ello pese a que Manuel Azaña lo destituyó vía decretazo en agosto del 36 de su puesto de catedrático de la Universidad de Barcelona por sus ideas conservadoras. José María fue el encargado de velar por el buen estado del aparato urogenital del primer presidente de la Generalitat en democracia, el entrañable Josep Tarradellas del *Ja sóc aquí!*

José María Gil-Vernet es casi un amigo de don Juan Carlos, si es que alguien puede arrogarse la condición de amigo de un rey en ejercicio. El urólogo real recibía al monarca en la clínica barcelonesa de Sant Josep y en la Teknon fundada por el financiero Javier de la Rosa y, más concretamente, por su esposa, Mercedes Misol. Ahora el encargado de velar por la salud urológica real es Edmundo Tremps, que también recibe en la Teknon, situada asimismo en la parte alta de la Ciudad Condal, relativamente cerca del palacete de los Urdangarin-Borbón.

Don Juan Carlos se ha hecho un usuario compulsivo de la otra gran clínica de Barcelona, la Planas, fundada por ese maestro de la cirugía plástica y de la bondad llamado Jaime Planas. Esta clínica privada, situada precisamente a escasos metros del palacete de la pareja Urdangarin-Borbón, es una de las más reputadas de la Ciudad Condal por su elenco de expertos, por sus instalaciones y por la paz que se respira en su ubicación actual, en pleno Pedralbes, para ser más exactos en el área menos transitada del barrio más chic y, consecuentemente, caro de Barcelona. Una zona en la que

el metro cuadrado oscila en estos momentos entre los 6.000 y los 8.000 euros, a pesar de que el mercado inmobiliario está literalmente quebrado.

El jefe del Estado lleva ya años acudiendo a la muy próxima Clínica Planas para revisarse «el chicharro», que es como llama jocosamente al corazón, y para analizar sus pautas nutritivas. Ruperito Oliveró, uno de los grandes de la cardiología catalana, es el encargado de mantener en perfecto estado de revista el corazón real, un elemento de su cuerpo que jamás le ha dado el más mínimo problema. El primero de todos los españoles goza a sus setenta y cuatro años de la salud cardiológica de una persona dos o tres décadas más joven. Y el doctor Manuel Sánchez es tal vez en estos momentos el médico más próximo a don Juan Carlos, excepción hecha, claro está, del jefe de los doctores de Zarzuela, el tan fiel como competente Avelino Barros.

Sánchez es un granadino de cincuenta y un años al que don Juan Carlos acude cada vez que emprende un viaje largo. Es el encargado de fijar la dieta del monarca en sus ya cada vez más inhabituales periplos oficiales. El nutricionista real es, además, el responsable de diseñar y aplicar los tratamientos *antiaging* (antienvejecimiento) del rey de España. Unas pócimas mágicas que han conseguido que el primero de todos los españoles exhiba un rostro bastante más juvenil del que sería lógico en una persona que está a un año de celebrar su setenta y cinco aniversario. De un personaje que, si no fuera por las rebeldes articulaciones, por esa cadera rota en la madre de todas las cacerías en Botsuana, gozaría de una movilidad aún mejor.

La proximidad entre la Clínica Planas y el casoplón de los Urdangarin ha provocado que el monarca optase por quedarse en casa de su hija en lugar de refugiarse en la soledad y la impersonalidad de algunas de las residencias de Patrimonio Nacional, en

cualquiera de los hoteles de gran lujo de Barcelona o en la residencia de algunos de sus numerosísimos amigos catalanes, como el conde de Godó o ese compañero de regatas, amigo del alma y dueño de tantos y tantos secretos, que era José Cusí. De la vivienda más famosa de Pedralbes a la Clínica Planas hay escasos cien metros: el centro médico está en una perpendicular de Elisenda de Pinós, concretamente, en Pere II de Montcada. Vamos, a tiro de piedra. De tal manera que el primero de los españoles puede hacer el recorrido a pie, sin necesidad de movilizar la flota de coches que siempre le acompaña y con la mera compañía de los omnipresentes guardias civiles de su cordón de seguridad más inmediato, que capitanea el jefe de seguridad de la Casa del Rey, el general de brigada M. B.

Tras este leve pero necesario *flashback*, volvemos a un cumpleaños que se celebró como todos los cumpleaños: con tartas, copas, música y bailoteo. Vamos, lo normal o teóricamente normal entre gente de la alta sociedad española en general y catalana en particular. Todo transcurrió pacíficamente hasta pasadas las dos de la mañana, cuando el anfitrión se acercó a su cuñado.

—Quería hablar con el señor —rompió el fuego un Iñaki Ur-dangarin cuatro días después de soplar con sus hijos las cuarenta velas de rigor. El cumpleaños fue el miércoles, pero lo celebró urbi et orbi en el ecuador del viernes al sábado siguiente por pe-rogrullescas razones operativas.

—Tú dirás, Iñaki —soltó, intrigado, el futuro Felipe VI.

—Sé que esto es un poco delicado, que tal vez no sea el lugar ni el momento para comentarlo, pero hacía tiempo que se lo quería plantear al señor.

—Anda, anda, no te cortes, dime —retó el siempre amable y diplomático Felipe de Borbón y Grecia, que ese día estaba menos encorsetado que otro cualquiera. Aquel quinto día de la semana

fue la excepción que confirma la regla de una agenda perfilada hasta el último milímetro. Una vida menos bella de lo que pueda parecer a primera vista. Que aquel viernes 18 de enero de 2008 don Felipe estaba más relajado que nunca lo demuestra su atuendo: vaqueros, camisa blanca con rayas azules y rojas y una chaqueta Lacoste azul marino.

—Pues nada, que no puedo con la hipoteca de la casa —le espetó con cierto temor el cuñadísimo al cuñado.

—¿Y eso? —inquirió, extrañado, temiéndose lo peor, su regio interlocutor.

—Son 20.000 euros al mes. Lo único que le pido es que se me ayude, tal y como se me prometió. Yo compré esta vivienda porque el rey quería alojarse en nuestra casa cada vez que viniera a Barcelona y, como el piso en el que vivíamos no era muy apropiado para el padre del señor, se me aseguró que me echarían una mano —explicó a sabiendas de que la única verdad de esta aseveración era el precio de la hipoteca.

—Eso es mentira, nosotros jamás te hemos prometido nada, entre otras cosas, porque aquí cada uno se paga su casa —replicó, airado, el heredero de la Jefatura del Estado. El mosqueo real fue *in crescendo*. No se podía creer lo que estaba escuchando, con doña Letizia como atónita y muda convidada de piedra.

—Pero es que yo no llego, no llego, señor —abundó en la súplica un cada vez más humillado Iñaki Urdangarin.

El heredero se contuvo unos segundos, reflexionó y estalló, si es que puede decirse que una persona tan sumamente educada como él estalla alguna vez. Lo cierto es que la cordialidad se acabó milésimas de segundo después, cuando puso encima de la mesa una frase que el duque de Palma no olvidará mientras viva:

—¡Pues no habértela comprado!

Sobra decir que no hubo réplica. El dueño del 50 por ciento del palacete de Pedralbes no volvería a espetarle el tema nunca más. Punto final. Aquí paz y después gloria. Lo cierto es que los tiempos en los que el dinero entraba a manos llenas gracias a los pelotazos de Nóos eran ya historia, una bella historia, pero finiquitada y bien finiquitada. El día de febrero de 2006 en el que *El Mundo/El Día de Baleares* publicó los primeros indicios del irregular modus operandi se acabó lo que se daba por orden real. «Pegar el sablazo», como jocosamente se referían a la actividad de Nóos algunos de sus empleados, ya no era tan fácil como antes. Eso de «a robar, a robar, que el mundo se va a acabar» que soltaban de tanto en tanto algunos de los pocos hombres buenos del entorno *urdangarinesco* había pasado a mejor vida. La noticia del rotativo balear y la subsiguiente petición de explicaciones del PSOE quitó de en medio de un plumazo al becerro de oro *urdangariniano*. Ya se sabe: la avaricia rompe el saco.

Cristina de Borbón no dijo ni mu. Cuando el futuro rey sentencia, todos callan. Esas son las generales de la ley en una casa real española que no por ser más moderna que cualquier otra de su entorno deja de ser una casa real con todas las de la ley, con las rigideces protocolarias que ello conlleva. La verdad es que entre la mujer del imputado duque de Palma y su hermano siempre hubo mucha química. Química que quedó reducida a la nada cuando entró como un torbellino en escena doña Letizia tras aquel Día de Todos los Santos de 2003, en que la Casa Real formalizó el anuncio que los cuarenta y cinco millones de españoles llevaban años aguardando: el de la boda del futuro rey de España. Aquel sábado marcó un punto de inflexión en las relaciones entre el príncipe y sus hermanas, que siempre otorgaron a su cuñada la condición de «intrusa». El protagonismo de la presentadora del telediario pesó en doña Elena y muy especialmente en la pequeña

de los Borbón y Grecia que, como todos los hijos de en medio, siempre estuvo más a su aire. Doña Elena se llevó los privilegios de la mayor, don Felipe, los del benjamín, además de los inherentes al heredero de la corona. Y ella ni fu ni fa. Ni sí ni no. Ni todo ni nada, sino todo lo contrario.

Iñaki se fue a dormir «jodido», tal y como confesó a uno de sus colegas del alma días después. No fue el fin de fiesta que él hubiera esperado en una noche que levantó el telón cual cuento de hadas. Con sonrisas, alegría y copas, muchas copas. Con todo quisqui volcado en un carismático Txiki que es la antítesis de un Diego Torres taciturno como pocos y hierático como ninguno. Un socio al que la docena de trabajadores de Nóos temía, todo lo contrario que a un duque al que adoraban por sus impecables maneras y esa sonrisa perenne que le acompañaba mañana, tarde o noche, vinieran bien, mal o regular dadas, hubiera salido el pelotazo de turno o les hubieran mandado a hacer gárgaras —cosa que, ciertamente, no sucedía con demasiada frecuencia—. Todo fue sobre ruedas durante muchos, muchísimos años, hasta que entre un fiscal independiente y un juez insobornable se pusieron manos a la obra para hacer lo que tienen que hacer. En resumidas cuentas, para cumplir con su deber. En definitiva, para aplicar ese epígrafe de la Constitución (el número 14, concretamente) que tanto gusta al rey y que sostiene que «todos los españoles son iguales ante la ley, sin que pueda prevalecer discriminación alguna por razón de nacimiento, raza, sexo, religión, opinión o cualquiera otra condición o circunstancia personal o social».

Los 1,98 metros del duque de Palma se metieron en la cama *king size* que comparte el matrimonio en su cuarto de cien metros cuadrados. En su cerebro revoloteó cual letanía la frase que él jura y perjura que le movió a adquirir el casoplón detrás del cual estaba toda Barcelona. Veintidós palabras mitad advertencia, mitad

invitación a cambiar de hogar. Aquella que, según repite el interesado a modo de excusa, le disparó a bocajarro el primero de todos los españoles en 2003: «¡Pero cómo tienes a mi hija en un piso de trescientos metros cuadrados cuando ha vivido toda su vida en un palacio!».

El palacete es, ya no hay duda, la metafórica manzana que Iñaki Urdangarin comió, cediendo a la tentadora serpiente que revoloteaba por su conciencia. Un pecado original de 9 millones. En el pecado llevaba la penitencia porque los 9 kilos había que devolverlos.